

La arquitectura es un rito y pensar se convierte, para el arquitecto, en la íntima experiencia del yo. Pero, ¿cómo vive el arquitecto contemporáneo esa realidad? ¿Tiene la posibilidad de pensar libremente? De construir libremente, seguro que sí: hoy, en nombre de la novedad y del éxito, todo está permitido. Pero ¿quién puede aún pensar?

Para los arquitectos del pasado la vida era dura: quien adoptaba una actitud crítica estaba acabado. El éxito, la riqueza, estaban reservados sólo a los más grandes. Sin embargo existía la libertad de pensar. Baste un solo ejemplo: Ledoux.

En mi época juvenil el arquitecto era un rebelde. Hoy ya no lo es: la batalla ha sido ganada (por lo menos en el terreno ideológico) y el arquitecto se encuentra con el poder entre las manos. Los políticos se alían con los arquitectos más famosos o más brillantes y les exigen una arquitectura espectacular y efectista, que la sociedad pueda aplaudir fácilmente. El éxito inmediato debe quedar asegurado y todo se permite en nombre de la novedad.

Sucede, pues, que en el ruido de los medios de comunicación, en la infinita variedad de las opiniones, de los proyectos, de las palabras, todo parece equivalente quedando envuelto en un gran silencio. Quien piensa promover sueños de perfección, quien piensa un mundo distinto y sin tiempo, vive en el aislamiento. Su trabajo se considera inactual y se pierde en medio de un mar de infinitas charlas.

Hoy es fácil construir libremente, pero es difícil tener la libertad para poder pensar.

